

pensables en algunos de aquellos buques cargados de riquezas.

Quedó por fin todo embarcado el día 27, y treinta y seis buques de guerra y mercantes formaron en medio del Tajo, ancho como un brazo de mar en la parte donde se retrata Lisboa, en torno del navío almirante, esperando viento favorable, mientras toda una población de trescientas mil almas los contemplaba tristemente, llena de dolor, de cólera, de curiosidad y de terror. La escuadra inglesa cruzaba la embocadura del Tajo para recibir á los emigrantes y protegerlos en caso necesario con su artillería.

Así pasó todo el día 27, no permitiendo los vientos la salida del río, y entregada á una cruel ansiedad la escuadra portuguesa, puesto que con sólo haber ocupado la torre de Belem un destacamento francés que llegase á tiempo á Lisboa quedaba cerrado el Tajo.

Llegaba entretanto desalado á los muros de Lisboa el general Junot, conduciendo sus infelices soldados á la carrera. Había estado detenido los días 26 y 27 sin poder pasar el Zezera, que vierte sus aguas en el Tajo cerca de Punhette y cuyas aguas habían crecido de doce á quince pies en unas cuantas horas. Atravesóle por fin con unos pocos miles de hombres en barcas que le proporcionaron unos marineros á fuerza de oro y corriendo los mayores peligros, porque las barcas arrebatadas con grande ímpetu iban á caer en el Tajo y después tenían que subir contra la corriente para llegar al punto del embarco. El 28 marchó Junot sobre Santarem por las inundaciones que habían empantanado las riberas del Tajo, por entre las cuales andaban á veces los soldados una legua de seguida con el agua hasta la rodilla. El 29 llegó á Saccavem, donde recibió noticias de Lisboa. Allí supo que la familia real se había embarcado con toda la corte, y que se iba á llevar consigo la marina portuguesa cargada de tesoros. No podía ya lisonjearse de llegar á tiempo, pero era preciso de todos modos precaver un alzamiento, que no se hubiera podido reprimir después de declarado con unos pocos miles de hombres cansados y sin artillería. El general Junot tomó su resolución inmediatamente y dejó á Saccavem en la mañana del 30 con una columna que no constaba más que de mil quinientos granaderos, y escoltado por unos cuantos jinetes portugueses encontrados en el camino, á quienes obligó á seguirle. Entró en Lisboa á las ocho de la mañana, donde fué recibido por una comisión del gobierno á la cual había el príncipe regente entregado el reino, y por un tal Mr. de Novión, emigrado francés, que encargado de la policía desempeñaba su cometido con tanta inteligencia como energía. Encontró el general Junot la capital tranquila, afligida con la presencia de una huerte extranjera, pero sumisa, y por otra parte tan indignada con la fuga de la corte, que no tenía tanto resentimiento con los que iban á apoderarse de su trono.

La escuadra portuguesa, después de haberse mantenido á la capa todo el día 27 y parte del 28, pudo al fin por la noche cruzar la barra del Tajo por haber cambiado el viento, y fué acogida con salvas por la escuadra inglesa que saludó á la dinastía prófuga. El almirante Sidney Smith destacó una división numerosa para que la acompañase hasta América, donde iba á embarcar por el Brasil la emancipación de todas las colonias

portuguesas y españolas, porque estaba reservado á la revolución francesa el cambiar también la faz del Nuevo Mundo, lo mismo que la del antiguo, y los troncos de la península precipitados por ella en el Océano tenían que producir en él al hundirse un reflujo que se extendiese hasta las contrapuestas riberas del Atlántico.

Habíanselo frustrado, pues, al general Junot parte de las esperanzas que abrigaba con tanto empeño; pero seguramente unos cuantos cascos de navío, tan estropeados que los mismos tráfugas embarcados en ellos temían no pudiesen llegar hasta el Brasil; un montón de pedrería y de metales acuñados, y por último, una familia cuya captura sólo hubiera servido de embarazo, era cosa insignificante en comparación de la inmensa ventaja de haberse apoderado sin disparar un tiro de las más importantes posiciones del litoral europeo, y de haber precavido una resistencia que á ser medianamente enérgica no hubiera sido fácil vencer. Por lo tanto, el general Junot y su ejército habían logrado el premio de su constancia. Faltaba sólo establecerse sólidamente en Lisboa, reunir el ejército, proporcionarle descanso, suministrarle lo necesario y hacer que recobrase el aspecto imponente que en aquella memorable marcha había perdido.

Al concluir el día 30 vió llegar Junot una parte de la primera división. Apoderóse de los fuertes y puntos dominantes de Lisboa, que se halla situado sobre unas colinas, al borde de las aguas allí desparramadas del Tajo. La comisión del gobierno, y principalmente el comandante de la legión de policía Mr. de Novión, le ayudaron á mantener el orden, en lo cual obraron como buenos ciudadanos, porque con una conmoción sólo se hubiera logrado un inútil derramamiento de sangre y aun quizá el saqueo de Lisboa. Distribuyó Junot las tropas de la manera más conveniente para su bienestar y su seguridad en medio de una población enemiga de trescientas mil almas. Después de haber instalado á los primeros destacamentos que llegaron, se ocupó en juntar los otros.

Muchos soldados habían perecido ahogados ó asesinados; algunos habían muerto de cansancio. Sin embargo, estas pérdidas, aunque muy sensibles, no eran tan considerables como había hecho temer el escaso número de hombres presentes en las filas el día de la entrada en Lisboa. De las listas de revista, formadas después, resultó que entre los muertos y extraviados no pasaban de mil setecientos. Quedaban, pues, unos veinte ó veintidós mil soldados, ya muy experimentados con esta expedición y seguidos de tres ó cuatro mil que conducidos por una ruta de etapas completamente expedita, debían llegar sanos y salvos al punto donde sus predecesores no habían llegado sino con tantas penalidades y contratiempos.

La mayor parte de los soldados rezagados se habían reunido en bandadas y marchaban con más lentitud que las cabezas de columna; pero se defendían contra los paisanos y vivían como podían de lo que hallaban en los bosques, que solían ser casi exclusivamente rebaños de cabras y carneros. Al llegar á Abrantes se embarcaban en botes que los trasladaban por el Tajo á Lisboa. También la artillería que quedaba muy atrás, fué acomodada en barcas y llevada por este medio ex-

pedido al punto común de reunión. La caballería llegó desmontada; pero en Portugal iba á encontrar el ejército cuanto pudiese necesitar. Había en Lisboa un soberbio arsenal que servía indistintamente para los ejércitos de mar y tierra, y donde trabajaban tres mil desdichados obreros, que nada deseaban más que seguir ganándose el sustento aun trabajando para los franceses. Los empleó Junot en componer todo el material del ejército y en fabricar cureñas para la numerosa artillería que había en Lisboa y que era preciso poner en batería contra los ingleses. Cerca de la capital campaba el ejército portugués, compuesto de veinticinco mil hombres, que esperaban una decisión acerca de su suerte. Los soldados portugueses por lo general preferían volver á sus aldeas á continuar bajo las banderas: los licenció Junot y sólo dejó seis mil en los cuadros. Tomó todo el ganado de la caballería y remontó la caballería francesa. Lo mismo hizo con la artillería, y en pocos días su ejército reunido, armado, nuevamente vestido y descansado de sus fatigas presentó el más brillante aspecto. No había en las arcas fondos para ocurrir á estos gastos; pero mientras se hacían las nuevas cobranzas de contribuciones, el comercio, tranquilizado con el lenguaje y los actos del general Junot, le anticipó cinco millones para hacer frente á las necesidades más apremiantes, y de este modo se pudieron pagar todos los consumos hechos por el ejército. Instaló Junot á su primera división en Lisboa; á la segunda, parte en Lisboa y parte delante de Abrantes, á la tercera en el recuesto de los montes á cuya falda asienta la capital, entre Peniche y Coimbra. Envió su caballería con el general Kéllermann á la llanura del Alentejo para que fuese en todas partes reconocida la autoridad francesa: colocó en Setubal á los españoles del general Carrafa que le habían acompañado, y estableció una ruta por etapas bien guardada y abastecida por Leiria, Coimbra, Almeida, Salamanca y Bayona. En aquellos primeros momentos todo parecía ofrecer la mayor seguridad y reposo; la única dificultad grave desde el principio era abastecer, á pesar de los ingleses, á una capital de trescientos mil habitantes, acostumbrada á recibir por mar los granos y las reses de la costa de Africa. Trató el general Junot con varios comerciantes, y despachó á todas partes comisionados para traer víveres al interior. Cooperaron diestramente á conseguirlo su jefe de estado mayor Thiebault y Mr. Hermann, enviado expresamente por Napoleón para administrar la hacienda portuguesa. Este último era de una probidad exquisita, y como empleado diplomático muy antiguo, tanto en Lisboa como en Madrid, conocía muy á fondo el país. Merced, pues, á los desvelos de estos diversos agentes nada faltó, al menos en la primera época, y hasta empezaron á armarse de nuevo las reliquias de la escuadra portuguesa. Al mismo tiempo el general español Taranco ocupaba con siete ú ocho mil hombres la provincia de Oporto y el general Solano con tres ó cuatro mil la de los Algarbes (1).

(1) Justo hubiera sido decir algo de la admirable disciplina con que entraron en Portugal las tropas de nuestro general don Francisco Taranco, sobre todo después de haber elogiado la moderación con que se condujeron las de Junot, que á decir verdad estuvieron muy lejos de portarse como se supone. Es bien sabido que los franceses saquearon en su tránsito por Santarem las deliciosas quintas de las orillas del Tajo cometiendo toda clase de excesos

Mientras penetraba en Portugal un ejército francés, Napoleón que tenía dispuestos otros dos en la frontera de la península, mandó al general Dupont, que mandaba el segundo cuerpo del Girona que dirigiese una de sus divisiones á Vitoria so pretexto de socorrer al general Junot contra los ingleses. Un poco antes de emprender su marcha esta división se habían ya encaminado hacia Salamanca tres ó cuatro mil hombres de refuerzo, destinados á las tres divisiones del ejército de Portugal. Íbase, pues, estableciendo la costumbre de mirar la frontera española como una demarcación abolida y á la España misma como un camino abierto por donde se pasaba sin necesidad de tomar siquiera la venia del soberano del territorio. En efecto, la primera división del general Dupont se hallaba en Vitoria aun antes que Mr. de Beauharnais diese parte de este movimiento al gabinete de Madrid. El príncipe de la Paz fué el primero que habló de esta circunstancia al embajador francés con una inquietud visible. Con este motivo se disculpó con grande empeño de la falta de preparativos que se había advertido en el camino que acababa de recorrer el general Junot, atribuyendo esta negligencia á las graves ocupaciones originadas por la causa del Escorial.

Desde esta famosa causa, y á pesar del perdón concedido al príncipe de Asturias, no cesó de cundir la agitación en España, así en el seno de la corte como entre el mismo pueblo. El príncipe de Asturias, que debiera haber quedado desacreditado por su sumisión abyecta y su cobarde traición con sus parciales, era por el contrario adorado en aquella nación que, por no encontrar en la real familia degenerada otro príncipe á quien consagrar su efecto, se complacía en perdonárselo todo imputando á sus enemigos, y á las amenazas y tiranía de éstos, toda la parte equívoca de su conducta. La petición de una princesa de Francia dirigida por Fernando á Napoleón, y sabida ya de todos, había hecho que los ojos de toda la nación se fijasen como los del príncipe en el agosto protector que regulaba á la sazón los destinos del mundo. Las tropas francesas que pisaban ya el territorio español, y las que se acumulaban entre Burdeos y Bayona, superiores con mucho á la fuerza necesaria para la ocupación de Portugal, acreditaban la general opinión de que este poderoso protector trataba de mezclarse en los negocios de España, y la nación entera se complacía en imaginarse que lo haría en conformidad con sus deseos, esto es, derribando al favorito, encerrando á la reina en un convento y á Carlos IV en una alquería, y adjudicando la corona á Fernando VII, desposado con una princesa de Francia. La actitud que había tomado Mr. de Beauharnais contribuía á alimentar estas ilusiones. Este embajador, lleno de animadversión hacia el valido, propenso á interesarse por el príncipe de Asturias, con quien estaba en secretas relaciones, y persuadido de que este príncipe se casaría en breve con una princesa de su parentela (la señorita de Tascher), abundaba en todas las ideas de los mismos españoles, y éstos, creyendo que el representante francés tenía instrucciones conformes con su conducta aparente, concibieron por Napoleón y los franceses tal

sus rezagos; al paso que nadie ignora los justos elogios que á nuestro Taranco tributaron los mismos historiadores portugueses, pintándole tan sincero en sus promesas, como Junot pérfido y falaz en las suyas. (N. del T.)



entusiasmo, que nuestras tropas, en vez de ser un objeto de alarma para un pueblo como aquél, el más desconfiado del orbe, llegaron por el contrario á ser á sus ojos una verdadera esperanza.

En vano conocían los más avisados que para derribar á un favorito detestado por toda la nación no se necesitaban tantos soldados; que para precipitarle en la nada, bastaba un mero ceño del omnipotente emperador de los franceses; que aquella acumulación era quizás el instrumento maduramente premeditado para una resolución más grave, reducida á excluir á los Borbones de todos los tronos de Europa; en vano hacían estas observaciones los más perspicaces y previsores; nadie les daba crédito, porque eran contrarios á la pasión que en todos los corazones dominaba.

El temor tenía más persuasión para la reina y el favorito, y les abría los ojos acerca del grave peligro que corrían. Ambos conocían, y la reina con más evidencia y dolor que su amante, el profundo desprecio que inspiraban al hombre grande que dominaba á la Europa. Sabían hasta qué punto su cobarde incapacidad frustraba sus colosales designios; y el velo con que cubría sus intenciones agregaba á sus tristes presentimientos el terror que siempre origina la obscuridad. A pesar de haber firmado Napoleón el tratado de Fontainebleau y de haber reconocido en él á Manuel Godoy como príncipe soberano de los Algarbes, ninguno de los dos vivía en completa seguridad. En primer lugar, Junot acababa de apoderarse de toda la administración del Portugal sin exceptuar las provincias ocupadas por las tropas españolas. Quería además Napoleón que el tratado de Fontainebleau siguiese siendo un secreto; ¿qué significaba este secreto cuando ya el Portugal se hallaba en poder de las tropas aliadas, y la familia de Braganza había huído, dejando en cierto modo el trono vacante con su fuga? A estas alarmantes cuestiones se agregaban las cartas del agente Izquierdo, que ya no acertaba á ocultar á su comitente los temores que empezaba á experimentar. Estos recelos en verdad no se fundaban en ningún hecho determinado, porque Napoleón á nadie había confiado sus proyectos acerca de la España ni podía tampoco confiarlos no estando aún seguro de lo que haría; mas no por eso dejaban de descubrir en Napoleón algunos hombres de genio previsor su funesta propensión á substituir en todas partes su familia á la de los Borbones, propensión que le dominaba hasta el punto de hacerle cometer muchas imprudencias, de modo que sin necesidad de hablar se descubría á los que sabían observarle. Llamó principalmente la atención del agente español el silencio que observaba al mismo tiempo que hacía los más aparentes preparativos: Izquierdo era un hombre de habilidad suma para descubrir las cosas que expresamente se le querían ocultar, y desde entonces no cesó de escribir al príncipe de la Paz que, aunque Napoleón había salido para Italia y aunque nada de nuevo circulaba entre sus ministros y confidentes, sin embargo había en todo lo que veía cierto misterio que le inspiraba la mayor inquietud.

Por esta razón vivían el príncipe de la Paz y la reina en el mayor desasosiego. La reina, frecuentemente indisputada, aunque ocultaba su turbación con una tranquilidad ficticia, como su avanzada edad con las más estudiadas galas, se entregaba no obstante mal de su

grado, y á menudo, á ciertos arrebatos de cólera. Aturdía el palacio con sus gritos, quería inocular á cuantos tenía por enemigos suyos, manifestaba locamente su deseo de derribar las cabezas del canónigo Escoiquiz y del duque del Infantado, y se indignaba contra el oficioso ministro de Gracia y Justicia, Caballero, porque lleno de temor se limitaba á oponer á sus deseos dificultades dimanadas de la antigua legislación del reino, inviolable é inviolada. En su exasperación llegó hasta el punto de acusar á este ministro de traidor, vendido á Fernando. Éste, por su lado, descontento del mismo ministro, le calificaba de vil ejecutor de los caprichos de su madre y se lisonjeaba de que llegaría el día de hacer con él un ruidoso escarmiento. El príncipe de la Paz, juzgándose interesado en la tranquilidad de la reina, la colmaba de miramientos, y pasó con ella de una indiferencia insultante á las más asiduas atenciones. Sin dejar de pasar la noche con las amigas, en cuya compañía desahogaba su alma de las fatigas de la intriga y del miedo, prodigaba durante el día á aquella reina exasperada los obsequios de un fiel cortesano, y veía á aquellos dos amantes, á quienes por sus numerosas infidelidades creía todo el mundo hastiados uno de otro, reducidos otra vez por sus comunes odios y terrores á una intimidad que revestía todas las apariencias del amor. La reina demostraba en público al príncipe de la Paz doblado cariño, y se complacía en burlar con sus exterioridades el pudor de los que las presenciaban y la aversión de sus enemigos.

La corte estaba desierta: todos los hombres de bien la habían abandonado. Cuando la familia real salía de los jardines del Escorial, el pueblo permanecía silencioso, excepto para el príncipe de Asturias, á quien acompañaba con sus vivas, á tal punto que la reina hizo publicar un bando prohibiendo toda especie de aclamaciones. Llevó ésta sus extravagantes capichos hasta el extremo de mandar que se cantase un *Tedéum* en acción de gracias por la milagrosa protección que el cielo había dispensado al rey frustrando las tramas del príncipe de Asturias. Fueron convocados á esta solemnidad todos los individuos de la grandeza, y sólo concurrieron á ella cuatro, dos extranjeros, con visibles muestras de estar abochornados de su propia bajeza. Al salir del templo manifestó la reina á Godoy una ternura y una familiaridad ofensivas para los concurrentes, y el mismo desgraciado Carlos IV, ignorante de tales infamias, pero presintiendo confusamente el peligro de aquella situación, puso involuntariamente el colmo al escándalo apoyándose en el brazo del valido, como si fuera un brazo poderoso del que esperase su salvación: ¡respectáculo deplorable y vergonzoso, no sólo para el trono, sino para la misma humanidad, cuya degradación venía á ser más ignominiosa en tan encumbradas regiones!

Iba todas las noches el príncipe de la Paz á casa de las Tudó á mitigar los padecimientos de su corazón atribulado aunque ligero. El júbilo que había hecho concebir el tratado de Fontainebleau, y que se había manifestado en aquella morada, adonde acudían en busca de noticias todos los curiosos, se había envenenado en breve con la orden recibida de París de mantener secreto dicho tratado, con la irrupción continua del territorio español por las tropas francesas y con las cartas del agente Izquierdo. Como el público se goza-

ba en comentar todo lo que podía ser desfavorable al príncipe de la Paz, sus afiliados procuraban oponer al torrente de las malas noticias un torrente contrario, propalando con exageración todas las muestras de favor obtenidas de la corte de las Tullerías. De este modo, á pesar de la orden de mantener secreto el tratado de Fontainebleau, se habían referido en casa de las Tudó todas sus particularidades y pormenores. Habíase dicho que el Norte de Portugal estaba destinado á la reina de Etruria, el Mediodía al príncipe de la Paz, constituido en príncipe soberano de los Algarbes, y el centro reservado para un arreglo ulterior. Explicábase de este modo la presencia de los ejércitos franceses; y su número, muy superior al preciso para una mera ocupación de Portugal, se motivaba con los grandes proyectos de Napoleón sobre Gibraltar. Para neutralizar el mal efecto que debía producir la entrada de los otros cuerpos que iban á llegar próximamente, se decía que el ejército francés tenía que ascender por lo menos á ochenta mil hombres, y que el príncipe de la Paz iba á mandarlo en persona, por lo cual no había motivo para alarmarse. Por lo tocante á la causa contra los cómplices del príncipe de Asturias, que tenía á todo el mundo indignado y que se suponía no dejaría concluir Napoleón, los amigos del príncipe de la Paz respondían que la corte tenía noticias de París, que Napoleón había declarado de todo punto extraño á la Francia el negocio del Escorial, y que aprobaba completamente el castigo de los intrigantes que habían querido desquiciar el trono.

Ni el príncipe de la Paz ni las mujeres de tan diversa categoría interesadas por su suerte daban mucho crédito á estas noticias. Atormentábase el temor y les inspiraba ciertas precauciones como las que suelen tomarse en Oriente contra el favor ó contra la tiranía: acumulábase en casa del príncipe de la Paz el oro y las pedererías; desmontábase soberbios aderezos para desengarzar los diamantes, que se transportaban allí con muy crecidas sumas en numerario. A vista de todos salían de su morada por las noches caballerías cargadas, unas en dirección de Cádiz, otras camino del Ferrol. El vulgo, según su costumbre, exageraba estos hechos y los abultaba desmesuradamente: suponía que el príncipe de la Paz tenía reunidos en sus arcas quinientos millones en metálico, que enviaba en conductas por secretas direcciones, y estos rumores fabulosos, que convenían con la fuga de la familia de Braganza, habían hecho nacer en todas partes la idea de que el príncipe de la Paz quería llevarse la familia real á Méjico para prolongar allende los mares un poder ya expirante en Europa. Esta suposición, propagada con una rapidez increíble, indignó á todos los españoles. La idea de ver á la familia real de España huyendo cobardemente como la familia real de Portugal, llevándose prisionero á un príncipe adorado y dejando á Napoleón un trono vacante, le repugnaba, y este temor aumentaba, si aumentarse podía, el furor popular que excitaba el favorito. La especie de que todas las alhajas de la corona estaban enfardadas para mandarlas secretamente á Cádiz y de que el príncipe de la Paz iba á conducir á la familia real á Sevilla, se propagaba cada semana como un rumor siniestro, hacía fermentar los ánimos y desencadenarse las lenguas, se desvanecía en seguida por un momento, faltando hechos

que la confirmasen, y se reproducía de nuevo como los sordos truenos precursores de la tempestad.

Por falsos que sean en general los rumores que circulan entre una población conmovida, éstos no carecían del todo de fundamento. El proyecto de fuga había sido comunicado á la corte de Madrid, sometido á su juicio y discutido en ella, mucho antes de la huída de la familia de Braganza, tanto, que hasta se había hablado de él al embajador de Francia. Estimulado con aquel ejemplo, el príncipe de la Paz, siempre que se sentía desalentado, se complacía en crearse en América un asilo donde pudiera hallar el descanso y la seguridad y la perpetuación de su poder. Se franqueó con la reina, á quien lisonjeaba mucho este proyecto, y para disponer favorablemente al rey, empezó á atemorizarle con las intenciones de Napoleón. Después de haberle declarado sobre este asunto más de lo que él mismo sabía, pero no más de lo que había en realidad, le explanó extensamente todo un proyecto de huída á América, como el partido más seguro y hasta el más provechoso para España. Según el príncipe de la Paz, resistir á los ejércitos de Napoleón era cosa imposible; podía empeñarse la lucha, pero su resultado inevitable sería sucumbir ante un poder que en vano la Europa entera había querido contrastar, y perder en ella no sólo la España, sino también el soberbio imperio de las Indias, cien veces más pingüe que el territorio europeo de la casa de Borbón. Las provincias de ultramar, muy conmovidas ya con el levantamiento de las colonias inglesas, aspirando sobre todo á declararse independientes y muy trabajadas á este fin por los agentes británicos, se aprovecharían de la guerra que absorbía las fuerzas de la metrópoli para sacudir el yugo de ésta, y así se perderían, con la España, Méjico, el Perú, Colombia, La Plata y las islas Filipinas. Por el contrario, refugiándose en las colonias, se conservarían éstas con la presencia de la familia reinante, que verían con júbilo á su frente para formar un Estado independiente; y si Napoleón, tanto más odioso á la Europa cuanto más crecía su poder, acababa por sucumbir, podría la familia real volver al antiguo continente, más segura entonces de la fidelidad de las provincias de América, con las cuales habría estrechado sus vínculos, libertándose en el intervalo con un simple viaje del trastorno general de todos los Estados. Si, por el contrario, el tirano del mundo antiguo estaba destinado á morir en su trono usurpado y á dejar en él consolidada su dinastía, el Nuevo Mundo la brindaría con un imperio rejuvenecido, donde encontraría compensación sobrada de cuanto pudiese dejar en Europa.

Estas razones, únicas fuertes y sensatas que concibió en su vida el favorito, porque si se renunciaba á disputar la España con una resistencia heroica, lo mejor que podía hacerse era conservar á la nación las dos Indias y á la familia reinante un trono por lejano que estuviese, estas razones, repetimos, eran capaces de trastornar á Carlos IV. Defenderse con las armas ni siquiera lo pensaba. Irse del Escorial á Cádiz, embarcarse, atravesar los mares y privarse por siempre de las cacerías del Pardo, le aterraba casi tanto como una batalla. Prefería desechar estas siniestras previsiones y ponerse, como él decía, en manos de su *magnánimo amigo Napoleón*. Preciso es añadir en honor de este desgraciado y buen



príncipe, que, á pesar de su mediocridad, no dejaba de reconocer la grandeza de Napoleón y de admirar sus hazañas, y que á ser capaz de algún esfuerzo, le hubiera empleado en ayudar á vencer á la Inglaterra en provecho de las dos naciones, que no desconocía cuando llegaba el caso de pensar en él. Así á los que le hablaban de buscar un lejano retiro, les contestaba que era preciso tratar de adivinar las intenciones de Napoleón y conformarse con ellas, porque no podían menos de ser buenas; que bien pensado todo, no había andado el príncipe de Asturias enteramente desacertado al pedir por esposa una princesa de la familia de Bonaparte, que éste sería un medio eficaz de estrechar la alianza entre los dos países y de extinguir todo odio entre las dos razas; por último, que no era posible que Napoleón quisiera destronar á Fernando después de haberle dado una de sus hijas adoptivas, pues era un héroe demasiado grande y demasiado magnánimo para faltar de ese modo á su palabra. Era ésta quizás la primera vez en su vida que el desgraciado rey, cuya penetración avivaban las circunstancias, expresaba una idea propia con apariencias de quererla llevar á cabo. El enlace del príncipe heredero de la corona con una sobrina de Napoleón se había ocurrido ya á su pensamiento, y para adoptar este proyecto no tenía que hacerse mucha violencia. Quería, pues, que la demanda matrimonial hecha por Fernando de un modo irregular, se renovase en toda regla en nombre de la corona de España, con la solemnidad conveniente y los poderes necesarios para tratar. Si Napoleón la aceptaba, quedaba ligado con la familia de Borbón; si la rechazaba, era el momento oportuno para pensar en la retirada, y por lo menos se sabría á qué atenerse respecto de sus intenciones.

Ninguna idea más repugnante para la reina y el favorito que la de semejante enlace, porque Fernando, esposo de una princesa francesa y protegido de Napoleón, iba á hacerse por su medio omnipotente. A su celebración iba á seguirse forzosamente la caída del favorito y la destrucción de la influencia de la reina. Pero no renovar á nombre de la corona la proposición de Fernando, era lo mismo que declarar que éste había obrado mal, no sólo en la forma, sino también en la esencia; era descubrir á Napoleón que no se quería su alianza; era privarse de un medio seguro de sondear sus intenciones, y sobre todo privarse de argumentos indispensables con Carlos IV para hacerle aprobar el proyecto de huida á América. Estas razones fueron las que redujeron á la reina y al favorito á la idea de solicitar la mano de una princesa francesa, esto es, á renovar en nombre de la corona la proposición clandestina de Fernando. Esta fué acaso la única vez que hubo de discutir una resolución con Carlos IV; la única vez seguramente en todo el tiempo de su reinado que el gobierno se amoldó á la voluntad del monarca.

Tomada esta resolución, hizose que Carlos IV escribiese una carta muy afectuosa á Napoleón suplicándole que consintiese en el enlace del heredero de la corona de España con una princesa de la familia de Bonaparte. No se limitó á esto la demanda: reclamóse de Napoleón, en otra carta unida á la primera, el cumplimiento inmediato del tratado de Fontainebleau, su publicación y que se diese á cada uno de los copartícipes de las provincias portuguesas posesión de la parte que le corres-

pondiese. Esta reclamación interesaba mucho al príncipe de la Paz, que le había inspirado, porque estaba impaciente de verse proclamar príncipe soberano; entraba además en los intereses bien entendidos de la casa de España, pues por aquel tratado Napoleón garantizaba á Carlos IV sus Estados, y el título de rey de España y emperador de las Américas. La publicación del tratado de Fontainebleau hubiera sido en aquella coyuntura un preservativo poderoso contra los proyectos de invasión verdaderos ó supuestos.

Mientras se pedía aquella publicación, no se había tenido el menor reparo, como ya hemos dicho, en cometer todo género de indiscreciones y en divulgar el tratado entero. Decíase públicamente en las calles de Madrid, exagerando las mismas aseveraciones de la tertulia de Tudó, que el príncipe de la Paz iba á ser declarado rey de Portugal y Carlos IV emperador de las Indias; que en suma, el favor de que gozaba con Napoleón don Manuel Godoy iba á recibir la más lisonjera y ruidosa manifestación. En los momentos pasajeros en que se daba crédito á estos rumores, sólo se comprendía una parte de lo que realmente estaba sucediendo: decíase que, en efecto, Napoleón se disponía á destronar á los últimos Borbones, como había destronado á todos los demás; que estaba de concierto con Godoy para apoderarse de ellos, y que le cedía el Portugal para que éste le entregase en cambio la España. Así se calumniaba á un hombre á quien era difícilísimo calumniar, pues si bien era cierto que había tiranizado, envilecido y perdido á sus soberanos, no lo era que los hubiese vendido por servir á Napoleón. Afortunadamente para la popularidad de Napoleón en España, estos rumores no echaban raíces. Mr. de Beauharnais, á quien tenía su corte en completa ignorancia de todo, aseguraba no tener la menor noticia de semejante tratado, y con tan buena fe que nadie dudaba de su aserto. Pasaban por lo tanto los de los parciales del valido como jactancias de las que tenían por costumbre, y volvían todos á creer lo que más halagaba, esto es, que Fernando iba á ser primeramente esposo de una hija adoptiva de Napoleón y después rey, y que de este modo iba á quedar para siempre aniquilada la facción odiosa que oprimía y deshonraba á la corte en el Escorial. Y es de notar, en esta historia triste y sombría de la caída de los Borbones de España, que mientras el príncipe de la Paz solicitaba en París autorización para publicar el tratado de Fontainebleau, Mr. de Beauharnais pedía por su parte autorización para desmentirle.

Las cartas de Carlos IV y los despachos de Mr. de Beauharnais tenían mucho que andar para llegar á manos de Napoleón, que estaba á la sazón viajando en Italia de ciudad en ciudad con su rapidez acostumbrada. Según el estado de las comunicaciones en aquella época, se necesitaban siete días por lo menos para ir desde Madrid á París, y cinco para trasladarse desde París á Milán; y si daba la casualidad de hallarse Napoleón de expedición en Venecia ó en Palma-Nova, no podía recibir á veces los despachos de España sino catorce ó quince días después de su envío. Otro tanto se necesitaba para mandar las contestaciones, y estos retrasos le eran muy convenientes á Napoleón, que hubiera deseado poder cortar las alas al tiempo según el trabajo que le costaba tomar una resolución acerca de

la España, deseoso por una parte de destronar á todos los Borbones, y temeroso por otra de los medios violentos y odiosos de que tendría que echar mano para conseguirlo.

Habiendo dejado á París el día 16 de noviembre, llegó Napoleón á Milán el 21, después de haber visitado muchos puntos interesantes, y sorprendiendo á su hijastro Eugenio Beauharnais, que no tuvo tiempo de salir á recibirle. El mismo día de su llegada se presentó por la mañana en la catedral asistiendo á un *Tedéum*, por la tarde en el palacio de Monza, donde visitó á su hija la virreina, y por la noche en el teatro de la Scala para que le viese el público italiano, sin dejar de recibir en los intervalos á los funcionarios encargados de los ramos más importantes de la administración. Pasó los días 23, 24 y 25 despachando un número considerable de negocios y dictando infinitas órdenes. Habiéndole llamado la atención, al recorrer la nueva carretera del Monte-Cenis, que era obra suya, la carencia absoluta de recursos á que estaban expuestos los viajeros por falta de población en aquellas alturas cubiertas de nieve, mandó establecer allí un concejo (*commune*), dividido en tres aldeas, una al pie de la montaña, otra en la cumbre y otra en el recuesto. La aldea situada en la lumbre debía ser la cabeza del concejo. Dispuso que se construyese una iglesia, una casa capitular, un hospital y un cuartel; declaró exentos de contribuciones á todos los que fijasen su residencia en el nuevo concejo, y empezó á poblarlo, instituyendo cierto número de peones cantoneros, encargados de la conservación y reparación del camino en tiempos ordinarios, y de reunirse siempre que ocurriese algún accidente en los puntos donde fuese su auxilio más necesario. Después de fijar el presupuesto del reino de Italia, de pensar maduramente sobre el ejército italiano y de convocar los tres colegios de Possidente, Dotti y Commercianti para la época de su regreso á Milán, es decir, para el 10 de diciembre, salió con dirección á Venecia por Brescia, Verona y Padua, recibido al paso por las aclamaciones de un pueblo entusiasmado. Siempre útilmente ocupado, aun en medio de los festejos, rectificó en su tránsito el trazado de las fortificaciones de Peschiera, reservándose fijar á su vuelta las de Mantua. Recogió de paso parte de su parentela: al rey y á la reina de Baviera, con cuya hija había casado á Eugenio; á su hermana Elisa, princesa de Luca y de allí á poco gobernadora de Toscana; por último á su hermano José, á quien no había vuelto á ver desde que le hizo rey de Nápoles, y á quien amaba tiernamente á pesar de las muchas reprimendas que le dirigió por su modo débil de gobernar. En Fusina, puertecillo cercado de lagunas donde se embarca el pasajero para ir á Venecia, las autoridades y la población le esperaban en góndolas ricamente empavesadas para conducirlo al recinto de la antigua señora de los mares. El pueblo veneciano, consolado de no formar una república independiente con la satisfacción de haberse substraído á una legislación tiránica, con la esperanza de pertenecer en breve á un vasto reino comprensivo de la Italia entera, y por último con la promesa de grandiosas obras destinadas á hacer sus aguas navegables, había desplegado para aquel recibimiento todo el lujo de que en otros tiempos hacía alarde para los desposorios de su Dux con la mar. Las canoas que condu-

cían con el árbitro del mundo al virrey y á la virreina de Italia, al rey y á la reina de Baviera, á la princesa de Luca, al rey de Nápoles, al gran duque de Berg, al príncipe de Neufchatel y á la mayor parte de los generales del antiguo ejército de Italia, iban escoltadas por innumerables góndolas que deslumbraban con sus colores y henchían los aires con sus instrumentos. Después de consagrar á las recepciones el tiempo necesario, empleó Napoleón los demás días en visitar los establecimientos públicos, los astilleros, el arsenal y los canales, acompañado constantemente por Decrés, Proni y Sganzin. Terminada la inspección de las localidades, expidió un decreto que abrazaba en doce títulos todas las necesidades de Venecia regenerada. En virtud de este decreto empezó restableciendo una multitud de impuestos abolidos desde la caída de la república, pero justificados por una larga experiencia, poco onerosos en su esencia é indispensables para ocurrir á los gastos de una existencia puramente artificial; porque así Venecia como Holanda son obra del arte más que de la naturaleza. Asegurados estos medios, se ocupó en darles empleo. Organizó primeramente una administración para la conservación de los canales y el embalse de las lagunas: decretó además que se abriese un gran canal para conducir los buques del arsenal al paso del Malamocco, una dársena para navíos de á setenta y cuatro, y varios trabajos hidráulicos, así en el Brenta que lleva las aguas á las lagunas, como en las diversas salidas por donde caen en el Adriático. Estableció además un puerto franco donde pudiese el comercio introducir las mercaderías antes de devengar derechos de aduanas. Cuidó de la salud pública trasladando las sepulturas de las iglesias á una isla destinada expresamente á este objeto; proveyó á las diversiones populares reparando y haciendo alumbrar la plaza de San Marcos, eterno objeto del orgullo y de los recuerdos de los venecianos; aseguró por último la subsistencia de los hombres de mar reorganizándolos todos los antiguos establecimientos de beneficencia. Después de haber prodigado estos beneficios y recibido en retorno miles de aclamaciones, partió Napoleón á visitar el Friul con objeto de examinar las fortificaciones de Palma-Nova y de Osoppo, en cuya dirección no cesaba desde ningún punto y que, lo mismo que las de Mantua y Alejandría, consideraba como prendas de la posesión de la Italia. A sus ojos Osoppo y Palma-Nova en el Isonzo, Peschiera y Mantua en el Mincio y Alejandría en el Tánaro eran otros tantos escalones para una resistencia casi invencible contra los alemanes, si los italianos desplegaban en defenderse alguna energía. Fué por Porto-Legnano á Mantua, donde debía tener una entrevista con su hermano Luciano para tratar de una reconciliación que deseaba en el alma, pero que sólo quería otorgar con ciertas condiciones. Mr. de Meneval fué de noche á buscar á Luciano á un cuarto de posada, y le llevó al palacio que ocupaba Napoleón. Luciano, en vez de echarse en los brazos de su hermano, se acercó á él con una altivez digna de disculpa sólo porque de los dos hermanos no era él el poderoso, pero exagerada para lo que una dignidad bien entendida exigía; y así la entrevista fué embarazosa y borrascosa, aunque no dejó de producir algún bien. Entre el número de las combinaciones posibles acerca de la España, contaba Napoleón todavía la unión de